



EL ILMO. SR. DR. D.

Pedro Jose de Jesus Loza y Pardabe,
OCTAVO OBISPO DE SONORA.

[CONCLUYE.]

El Sr. Arzobispo Alemany acogió benígnisimamente al ilustre desterrado; á sus compañeros les colocó de curas en Oregon y en Oaklans. El Sr. Loza se dedicó á predicar primero á los españoles que allí había; á aprender la lengua inglesa que logró adquirir, en ella tambien lo hacía despues; á escribir diversas cartas para consolar y confortar á sus diocesanos, clérigos y seglares y á combatir los discursos del famoso Nigromante que fungía como Secretario del Gobernador Vega (C. XVI.) Esta polémica se publicó en un periódico de San Francisco, y S. S. I. así la firmaba, "un mexicano" (C. XXIII.)

Visitó la Diócesi de Marysville, al norte de California, donde su Obispo el Sr. O'Connell le trató con mil consideraciones. Celebró de Pontifical en la Catedral de San Francisco en casi todas las festividades [Conv. XXXV.] Confirió órdenes á varios mexicanos entre ellos al hoy Ilmo. Sr. Armas el 13 de Junio de 1863.

En Agosto 13 de 1864 terminó sus tareas el Sinodo Diocesano de California, en su última sesion el Sr. Loza dirigió una alocucion latina, que se encuentra en la C. XLIII.

Ocupado Mazatlan por la invasion francesa [14 Noviembre 1864] pensó el Sr. Loza volver á su diócesi; más quiso obrar con prudencia y demoró su venida [C. XLII.]

En Junio de 1865 llegó por fin á Mazatlan, donde fué recibido friamente. Su Ilma. se manifestó tranquilo y contento, se dedicó á la predicacion. En Octubre determinó, por justas causas, embarcarse para Sonora, desembarcó en Guaymas y de allí pasó á Hermosillo. (C. XLIO) El 24 de dicho mes publicó el Jubileo concedido por el Sr. Pío IX, que dió buenos resultados espirituales. Visitó las parroquias de este Estado. Trató de establecer en Hermosillo un Seminario, pues, sea dicho de paso, el de Culiacan se había cerrado por la persecucion á aquella Iglesia; más no logró realizarlo por falta de la cooperacion de sus habitantes. En Enero de 1866 por motivo de la guerra, le fué preciso que salir de Hermosillo rumbo al puerto de Guaymas. [C. XLVIII.] No ha-

lló en él casa que habitar y fué á vivir á un punto llamado "El Rancho" tres leguas distante, donde permaneció hasta el 19 de Febrero que tuvo que regresar á pie á Guaymas, por causa tambien de la guerra. [C. XVI.]

El 12 de Septiembre de 1866 salió de Guaymas para San Blas con el fin de radicarse en Guadalajara, pues era imposible estar en paz ni en Sonora ni en Sinaloa. Se embarcó en "El Rhin." Como emigraron con S. S. I. tantos de este puerto, corri eminente peligro de naufragar dicha nave. Dios los libró por medio del vapor francés "Lucifer," que salió á prestar auxilio á estos navegantes y además un bote ligero con diez remos donde iban el Sr. Cura Vidales y D. Tomás Goyeneche en el cual se traspordó S. S. I. Llegaron con felicidad á Mazatlan, aunque bien mojados, por el oleaje del mar bastante alborotado; pero el Sr. Obispo como siempre, contento y tranquilo. Despues prosiguió su viaje á San Blas, á donde desembarcó el 27 de Septiembre, permaneció allí tres días y el 1.º de Octubre se encaminó á Tepic, donde se dedicó á hacer confirmaciones. [C. LIV] [1]

"La conmocion que comenzó á haber en las inmediaciones de Tepic, á fines del pasado, escribía el Sr. Loza el 10 de Noviembre "desde Guadalajara, me hicieron apresurar mi salida de aquella ciudad el 27 del mismo; estuve cuatro días en un pueblo del tránsito y el día 3 del corriente llegué á esta, donde estoy alojado en la casa del I. Sr. Arzobispo, "quien por ahora se halla en México," (C. LVI.)

Residió en Guadalajara hasta Febrero de 1867 que volvió á Tepic con la seguridad de poder regresar á su diócesi. En efecto, llegó al Rosario, donde fué recibido por sus ovejas con señaladas muestras de amor; pasó despues al Presidio, donde arregló una cuestion sobre la hermosísima capilla de Agua Caliente del Sr. D. Juan Gárate; prosiguió hácia el rancho de las Mesillas con el fin de que se edificara una capilla, segun deseaba su dueño el Sr. Viscarra. Continuó á la villa de San Sebastian ó Concordia, la cual se preparaba á recibir debidamente á su Prelado; más su Prefecto Valdés obligó á sus moradores á que no hicieran ninguna demostracion. Por último el 27 de Marzo entró á Culiacan á las tres de la tarde. Apesar de estar en camino

(1) El 24 de Septiembre de 1866 volvió á abrirse el Seminario de Culiacan.

S. S. Ilma., no dejó de observar el ayuno cuaresmal. [C. LVII.]

El Ilmo. Sr. Obispo Loza pensaba seriamente en continuar la fábrica del nuevo templo de Culiacan, comenzado en tiempo del Ilmo. Sr. Obispo Garza, y con esfuerzos elevó algunas varas de las gruesas paredes; pero no le ayudaron los continuos trastornos públicos y la escasez de recursos. (2)

"¿Serís muy pobre el Sr. Obispo?"

"Esto lo disimulaba mucho, aunque llegaba á pedir prestado para comer pobremente. Alguien le advirtió que no era justo, que lo poco que Dios daba á S. S. I. lo gastara todo en limosnas á los pobres y en dádivas á la Iglesia para el culto divino, sin dejar nada para sus gastos indispensables: recibiendo por esto, aquel, una fuerte regañada de S. S. I." [C. LXIII.]

Con motivo de un pronunciamiento en Culiacan el 4 de Enero de 1868, y que entre sus funestas consecuencias fué el saqueo de aquella casa de Moneda [72 mil pesos,] el Sr. Loza "tomó parte activa para impedirlo valiéndose de su influencia moral." Hizo cuanto pudo y despues predicó contra el robo. Se dijo entonces que el joven D. Julio Granados, "había entrado al templo para matar al Ilmo. Sr. Obispo." Su Sría. á pesar de esto, continuó los domingos siguientes el mismo tema y además sobre el respeto á las autoridades y á la ley; y el amor á la paz y al orden públicos. (C. LXIV.)

Durante la cuaresma continuó la predicacion; uno de sus buenos efectos fué que cierta compañía dramática que intentaba trabajar en este tiempo, no tuviese espectadores. En Abril llegó un decreto de gobierno general para que se dejara en toda libertad al Sr. Obispo respecto á la administracion de los Sacramentos. (C. LXVIII.) Terminó así la persecucion y en el resto del tiempo que permaneció en Culiacan se concluyeron las capillas de Mesillas, y de Agua Caliente de que ántes se trató, no pudo bendecirlas S. S. I. y comisionó al Sr. Cura Vidales para bendecir la primera. (C. LXIX.)

Tambien el Sr. Loza tuvo gran parte en la edificacion de la grandiosa iglesia que se levantó en Mazatlan. Fomentó cuanto pudo

(2) El 11 de Diciembre de 1865 se cerró la grande cúpula, el 19 se concluyó todo el templo y se puso la cruz sobre la linternilla de a cúpula.

las escuelas parroquiales en ambos Estados de Sonora y de Sinaloa y con no pocos sacrificios sostuvo una en su episcopal ciudad á expensas suyas. En medio de tantas penas, se consoló muchísimo con el regreso al redil del P. Llevaría. (C LXX.)

El Sr. Loza se encontraba por este tiempo, bastante enfermo; al comenzar el calor, los médicos declararon que si no cambiaba de clima moriría. Su S. Ilma. no estuvo conforme y más bien se resignaba á acabar sus días en medio de sus ovejas. Esto pasaba en Culiacan, cuando en el Vaticano el 22 de Junio se trasladaba al Obispo de Sonora á la silla metropolitana de Guadalajara.

A principios del mes de Agosto llegó la noticia de este cambio.

"Un rayo hubiera hecho ménos estragos, moralmente hablando, que los que hizo en las almas de los fieles y principalmente del clero."

El 19 de Septiembre Su S. Ilma. escribía al Sr. Cura Vidales:

"Dios Nuestro Señor ha querido, en efecto, separarme de esta Iglesia de Sonora, de la que jamás habría yo salido con mi voluntad, pues no sólo no me halaga mi promoción al Arzobispado, sino que considero que allí me esperan cosas más mortificantes que el calor y la temperatura de este país; pero Dios manda, y por el camino por donde nos lleva, es por donde vamos seguros.

"Ya recibí de Roma la Bula convocatoria al Concilio general que allí abrirá N. S. Padre el 8 de Diciembre del año entrante: siendo Obispo de Sonora me sería imposible asistir ó concurrir á él; pero ya en Guadalajara, creo que podré erogar los gastos de este viaje, y así no tendré disculpa; estoy por lo mismo resuelto á salir á su tiempo para Roma, y contando con el auxilio divino, espero tener la dicha de ver á Su Santidad, y de asociarme con 400 ó 500 obispos que allí se reunirán probablemente bajo su amabilísima autoridad y presencia."

El 21 de Noviembre llegaron las Bulas á su poder, en cuyo día publicó una Circular al Clero de su Diócesis, en la cual le participa su translacion, el nombramiento del Vicario General en la persona del Sr. Uriarte y manifestaba los sentimientos de su corazón por semejante cambio tan inesperado.

A mediados de Diciembre "se despidió por medio de una tarjeta impresa de todos sus amigos, ricos y pobres, ofreciéndoles sus servicios en Guadalajara." [C. LXXII.]

El 27 de Diciembre salió de Culiacan el Sr. Arzobispo electo, mortificadísimo, por lo que sentía al dejar para siempre esta Iglesia de tantos recuerdos para él y por las lágrimas de sus sacerdotes, de todos sus fieles y amigos, ricos y pobres que no podían contenerse. Eclesiásticos, vecinos principales, seminaristas, muchísima gente del pueblo á caballo y á pie acompañaron á S. S. I. desde Culiacan hasta muchas leguas."

"Hizo confirmaciones en todos los pueblos y ranchos por donde pasaba ó tenía que sestar ó dormir. "Se detuvo en la Noria, Mesillas y entró á San Sebastian ó Concordia donde en reparacion de aquel desaire, el mismo Perfecto Valdés se empeñó en que fuese el recibimiento suntuoso. En la noche fué á dormir á Agua Caliente, otro día llegó al Rosario y en la tarde salió para Escuinapa última parroquia que dista 105 leguas de Culiacan. [C. LXXIII.]

LA REVISTA ECLESIASTICA de Puebla, refiere la entrada solemne á Guadalajara á las 5 de la tarde del 10 de Febrero de 1869. (Tomo 2 núm. 9.)

El 7 de Marzo recibió el sacro palio de manos del Ilmo. Sr. Sollano, Obispo de Leon y tomó posesion de la Arquidiócesis el día 23.

En el mes de Mayo se hizo la provision de Canónigo Penitenciario de la Metrópoli, que recayó en el Sr. Dr. Villalbazo.

En el mes de Agosto salió el Sr. Loza para asistir al Concilio Ecueménico; le acompañaron dicho Dr. Villalbazo, como su teólogo

consultor, y el Sr. Sánchez Camacho, que desde Sonora estaba agregado á la familia del Ilmo. Sr. Arzobispo.

No puedo resistir al deseo de publicar un hecho que redonda en altísima honra del Ilmo. Sr. Espinosa, el cual lo refirió en una Velada Literaria el Sr. Lic. D. Luis Gutiérrez Otero y que años ha, este buen amigo, me lo volvió á relatar.

Cuando el Sr. Loza se hizo cargo del Gobierno de la Iglesia de Guadalajara, encontró un pliego cerrado que con letra del mismo Sr. Espinosa decía: "Para mi sucesor." Su Ilma. no lo abrió, reservó hacerlo hasta que estuviera en Roma, pues supuso tendría instrucciones que allá le servirían. Lo guardó y despues lo llevó á la Ciudad Eterna.

En la REVISTA CATOLICA, que él ahora dignísimo Obispo del Potosí Sr. Montes de Oca publicaba en Guanajuato por estos años, consta que el Sr. Loza entró á Colima de paso para embarcarse el 7 de Agosto y el 13 se dirigió al puerto del Manzanillo. [T. II pág. 250.] El 16 se verificó, en efecto, la salida hacia California y de allí á New York.

El 20 de Octubre llegó, por último, á Roma. Al día siguiente se presentó al Santo Padre. (REVISTA UNIVERSAL núm. 748.)

Se abrió el susodicho pliego, era nada ménos una carta autografa del inmortal Pío IX dirigida al Ilmo. Sr. Espinosa, en la que le pedía su parecer, antes de publicar el "Syllabus." ¡Tan altísimo concepto le merecía el sapientísimo 1er. Arzobispo de Guadalajara, á quien oí decir que este gran Pontífice le llamaba su San Ligorio! Al calce de este honroso documento, el venerabilísimo Sr. Espinosa escribió que había vacilado en arrojarlo á las llamas por lo que en su gloria podría redundar; pero se resolvía á conservarlo por considerar que más bien redundaba en la de su santa y amada Iglesia de Guadalajara.

El Sr. Loza asistió el 5 de Diciembre á la consagracion episcopal verificada en Roma de su citado teólogo consultor el Sr. Dr. Villalbazo que había sido preconizado Obispo de Chiapas. El 8 de Diciembre el Sr. Arzobispo de Guadalajara estuvo presente á la grandiosa apertura del Concilio Ecueménico Vaticano. Concurrió tambien á las honras del Santo Primer Obispo de Veracruz, que falleció en aquella capital del mundo católico el nefasto día 26 de Enero de 1870. (3) En la sesion solemne del 20 de Mayo el Ilmo. Sr. Loza celebró de pontifical.

Suspense el Concilio por la ocupacion de Roma por las tropas anti-pontificias, nuestros Prelados, que á él habían asistido, regresaron á México. (4) El Sr. Loza desembarcó del "City of México," con su constante compañero el Sr. Pbro. D. Eduardo Sánchez Camacho, en Veracruz el 14 de Diciembre de 1870, dos días despues entraron á la ciudad angélica el Sr. Arzobispo de Guadalajara y los Obispos de la Puebla y de Zacatecas [REVISTA ECLESIASTICA tom. III núm. 51.]

Mencioné al principio los datos biográficos que se contenían en la elegante y costosa obra que Mr. Fuquet publicó, por cierto que algunos son inexactos, en ella se lee el siguiente autógrafo entre los demás de los PP. del Concilio:

"EXORTEM SE MYSTERII INTELIGAT ESSE DIVINI, QUI AUSUS SIT A PETRI SODALITATE RECEDERE. ROMÆ 23 APRILIS 1870.—PETRUS, ARCHIEPISCOPUS DE GUADALAJARA."

El Sr. Loza de la angélica ciudad pasó á su natal ciudad; no he podido precisar el día,

(3) Rara coincidencia, el 2º Obispo murió tambien el día 26 de Diciembre de 1887 en Puebla, y el 3º el 26 de Marzo de 1894.

[4] Los SS. Loza, Arciga, Colina, Serrano, Márquez, Guerra y Villalbazo se volvieron luego, los SS. Labastida y Ormaechea hasta el año siguiente.

sólo que ya se encontraba en ella el 25 de Diciembre hospedado en el Hotel Iturbide.

El 4 de Enero de 1871 salió en la diligencia hácia Querétaro en compañía del Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio M. Guerra, del Sr. Pbro. D. Eduardo Sánchez Camacho, y del jóven D. Manuel de la Hoz quien iba á cursar las cátedras de Jurisprudencia, bajo la decidida proteccion del Sr. Loza, en el Seminario Conciliar de su Metrópoli.

Permanecieron en la casa episcopal del Ilmo. Sr. Dr. D. Ramon Camacho, llamado el oráculo de los obispos, hasta el día 11 que los ilustres viajeros muy temprano se encaminaron hácia Guanajuato; á poco andar, en la famosa Estancia de las Vacas, volcóse la diligencia, y el Sr. Loza sufrió ligera contusion en una mano. El día 12 llegaron á Leon donde se detuvieron para visitar á su sapientísimo Prelado el Sr. Diez de Sollano. El 14 se prosiguió el viaje; y algunas horas despues se encontraron en la ciudad de Lagos. Ya desde ella el Ilmo. Sr. Arzobispo Loza dejó el cuasi incognito con que había caminado y comenzó á administrar el sacramento de la Confirmacion entre sus diocesanos, quienes le recibieron con espontaneas señales de amor y de veneracion. Soy acreedor de estos últimos datos, á mi antiguo y finísimo amigo el mencionado Sr. de la Hoz que ocupa hoy en nuestro foro un elevado y merecido lugar.

Segun escribía entonces LA VOZ DE MEXICO el Sr. Loza llegó por último á su Arquiepiscopal ciudad el 20 de Enero de 1871: de la cual no se ha separado, sino únicamente para visitar las parroquias sujetas á su celo y cuidado pastoral (5) y cuando fué en 1892 á revistar del sacro palio al primer metropolitano de Linares (6). Arzobispos y Obispos han acudido allí á verle y tratar graves asuntos.

Termeridad grande sería la mía, si tratara de referir lo mucho de lo acaecido durante un pontificado de casi veintiocho años. Plumas tan sobresalientes hay en la simpática Perla del Occidente, que lo harán admirablemente á su debido tiempo. Solo permítaseme decir, para concluir, que entre lo que me parece más grandioso ha sido la creacion de los obispados de Colima y de Tepic; haberse desarrollado, de un modo admirable, la instruccion tanto religiosa como literaria en las escuelas parroquiales y en el Seminario; Conciliar y ser el primero que ha convocado y presidido un Concilio Provincial, que actualmente celebra sus sesiones.

El Sr. Loza ha conseguido obtener el acendrado afecto y el profundo respeto de todos sus diocesanos.

FLORENCIO PAU.

(5) Tengo enteudido que todas las ha visitado, no me es posible precisar las fechas, sino de estas. En Mayo y Junio de 1871 la de Aguas Calientes, de donde pasó á la de Ojuelos para averiguar la falsa aparicion de una imagen de la Virgen Sacratísima en unas piedras de la ranchería de Matancillas; con el dinero que se había reunido ya, mandó se construyera una capilla pública en favor de aquellos vecinos que no tenían ninguna. En Abril y Septiembre de 1873 visitó á Colima y á Teocaltiche. En Febrero de 1874 recorría los curatos que rodean al lago de Chapala y en Septiembre estaba en el de Lagos. En Julio de 1878 se hallaba en Zapopan. En 1881 contrajo en Tlapa unas intermitentes, que no obstante esto concluyó su visita pastoral. En 1884 visitó por segunda vez á Aguas Calientes.

(6) El Sr. Dr. D. Jacinto López Romo su Secretario y á quien había consagrado en 1886. No solo á este dignísimo Prelado ha conferido la plenitud sacerdotal sino á estos Ilmos. Sres. Moreno, Sánchez Camacho, Portillo, Vargas, Portugal, Díaz Montes, Silva y Díaz Macedo: El 2º, 3º, 6º, 7º y 8º años antes habían recibido de sus manos la ordenacion de presbíteros.

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINUA.)

II

HAMLET.

FRAGMENTOS DE LAS ESCENAS 1.^a, 2.^a, 4.^a Y 5.^a DEL ACTO I.

Version dedicada al Sr. Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

IV

Otra parte de la esplanada.

HAMLET.—EL ESPECTRO.

HAMLET.

¿A do quieres llevarme? Habla. De aqueste Sitio no paso.

EL ESPECTRO.

Mírame.

HAMLET.

Te veo.

EL ESPECTRO.

Se acerca la hora que á volver me obliga
A mis llamas ardientes.

HAMLET.

¡Pobre alma!

EL ESPECTRO.

No así me compadezcas; pero oído
A lo que voy á revelarte presta.

HAMLET.

Habla. Lstoy obligado á oírte.

EL ESPECTRO.

Estáslo

A vengarme despues que hayas sabido.....

HAMLET.

¿Qué?

EL ESPECTRO.

Soy el alma de tu padre, y debo
Por tiempo fijo, aquí vagar de noche,
Y en mi cárcel de llamas por el día
Sin refrigerio estar hasta que purgue
De mi vida mortal las culpas. Fuera
Lícito los secretos revelarte
De tal prision, y mi menor palabra
Tu alma y sangre de jóven helaría;
Tus ojos de sus órbitas hiciera
Saltar, y tu cabello erizaría
De hirsuto jabalí como las púas;
Mas de la eternidad misterios tales
Para oídos no son que son carnales.
Oyeme. Si á tu padre amaste.....

HAMLET.

¡Oh cielos!

EL ESPECTRO.

Venga su horrible asesinato, al orden
De la natura opuesto.

HAMLET.

¡Asesinato!

EL ESPECTRO.

Criminal como todos; pero aqueste
Más criminal y abominable.

HAMLET.

Pronto

Hazme su relacion, y yo con ala
Más rauda que de amor los pensamientos,
A la venganza vuele.

EL ESPECTRO.

Hállote listo;

Y si no te indignaras, insensible
Fueras más que las hierbas que en su orilla
Baña y pudre el Leteo. Escucha ahora:
Dijose á mis vasallos que, durmiendo
Yo en mi jardin, mordióme una serpiente;
Mas sabe tú y entienda Dinamarca
Que el reptil que dió muerte á su monarca,
Hoy su corona real lleva en la frente.

HAMLET.

¡Bien me lo dijo el corazon! ¡Mi tío!

EL ESPECTRO.

Ese adúltero vil, incestuoso,
De sus palabras dulces con la magia
Y el cebo de sus dádivas,—¡Malditas
Dádivas y dulzuras que así logran
Seducir!—rectitud, decoro blando
Hizo á mi esposa quebrantar, rendirse
A vergonzosa liviandad, cuando ella
Dechado de virtud era creída
Por mí y el mundo. ¡Oh Hámlet! ¡Qué caída
La suya! ¡Desde mí, que en noble y digno
Amor pagué los juramentos dulces
Ante el ara prestados, abajarse
A un miserable tan mezquino en dotes!
Pero, así cómo incólume resiste
Al vicio la virtud aunque en la forma
De un ángel la corteje, la impureza,
Aun enlazada al ángel, dejaría,
Por hundirse en el fango, el casto lecho.
Mas siento el aire matinal. Escucha:
Durmiendo en mi jardin, costumbre mía
Tarde con tarde, en el seguro entrando
De mi descuido y soledad tu tío
Con recelosa planta, sutil jugo
De beleño letal de una redoma
En mi oído vertió: jugo que cunde
Con rapidez de azogue en nuestras venas
Y que la sangre líquida coagula
Cual ácido la leche. En breve instante,
Como corteza de árbol, lepra horrible
Cubre mi cutis limpio. Así durmiendo,
La diestra de un hermano me arrebató
Vida, cetro y esposa á un tiempo mismo.
Sorprendióme la muerte en florecencia
Plena de mi pecado, careciendo
De eucarístico pan, de óleo sacro;
Sin ajustar su cuenta, acusadoras
Llevando sobre mí todas mis culpas.
¡Caso horrendo! Si en tí del hombre vive
La dignidad, no, Hámlet, lo toleres:
No el tálamo real de Dinamarca
Dé á la lujuria y al incesto nido!
Mas, al obrar, no tu designio manches,
Ni oses contra tu madre: deja al cielo
Y á sus espinas su castigo. El alba
La luciérnaga anuncia: ántes que pierda
Su ya pálido brillo, para siempre
Adios, Hámlet, adios! ¡De mí te acuerda!

HAMLET.

¡Oh vosotras, milicias celestiales!
¡Tierra! ¡Al infierno he de invocar! ¡Oprobio!
Cálmate corazon. Subito, nervios
Míos, no envejezeáis; ántes os temple!
Redoblado vigor. ¿De tí acordarme?
¡Pobre alma! Sí; miéntas aliente vida.
¿De tí acordarme? Aún más: de la memoria
Todo recuerdo fútil, arte, ciencia,
Placeres vanos, cuanto en ella imprime
O juventud ú observacion y estudio
He de borrar, dejando en ella vivo
Sin mezcla alguna tu precepto sólo.
Sí, por Dios! ¡Oh mujer la más funesta!
¡Oh malvado! ¡Oh hipócrita malvado!
¡Hombre execrable! ¡El de la risa blanda!

Y ahora, á mi consigna: á lo que manda:
“Hamlet, de mí te acuerda.” Lo he jurado.

1889.

(Continuad)

EL TELEFONO.

AL salir del círculo, di algunos pasos por
el boulevard con M. Maroux, hombre
de fisonomía simpática, aunque impreg-
nada de una melancolía intensa y, ante
la oficina de correos, le dije:

—Dentro de tres minutos estaré con us-
ted... voy al teléfono.

Se estremeció al oír esta palabra y ví que
su mano se crispaba sobre la empuñadura de
su baston. Cuando volví me pareció aún muy
nervioso y para romper su mutismo inexpli-
cable, dije con ligereza:

—¡Qué invencion tan maravillosa es el
teléfono, y qué servicios tan inapreciables nos
prestan cada día los progresos de la ciencia!

—¡Así lo creéis!—exclamó M. Maroux,
con tono de amargo sarcasmo.—Por el contra-
rio, me parece que la ciencia, léjos de soco-
rrernos, nos hace notar irónicamente nuestra
impotencia humana y multiplica con crueldad
nuestros medios de sufrimiento. Un ejemplo,
tomado de mi propia experiencia, hará com-
prender á usted mejor mi pensamiento, á pe-
sar de los años que han pasado.

Estaba en vacaciones de otoño con Luisa,
mi mujer, y Marcelo, mi hijito, en mi propie-
dad de Morande, quinta comprada reciente-
mente, rodeada de tierras de labor y de bos-
ques á tres leguas de Marsella. Nanette, nues-
tra antigua sirvienta, se encargaba del arreglo
de las habitaciones y de la cocina. Blas, un
criado adicto, que estaba encantado de regre-
sar cerca de la ciudad donde vivía su madre,
guapota marsellesa, llenaba las funciones de
jardinero y ocupaba un pabellon independien-
te. Con mi fusil en bandolera, y seguido de
cerca por mis dos perros, me paseaba todo el
día con mi mujer y mi bebé en aquella deli-
ciosa soledad. Para mitigar nuestro aislamien-
to había hecho establecer á mi costa una línea
telefónica que me comunicase con la oficina
Central de Marsella. Merced á esto cada no-
che desde mi alcoba me ponía al corriente de
los negocios de mis fábricas de Paris.

Nuestra encantadora quietud se turbó con
un aviso de mi apoderado: una gestion perso-
nal podía hacernos obtener un importante pe-
dido del gobierno. Hacía tan buen tiempo y
Marcelo se encontraba tan bien, que Luisa re-
solvió esperarme en Morande.

Ahora bien, la noche de mi salida para
Paris, la lluvia caía lúgubramente, la berlina
de alquiler había llegado ante la escalinata, y
en presencia de la negra inmensidad de la lla-
nura y de los bosques, sentí oprimírseme el
corazon. Luisa me animó:

—¡Bah! tu no estás ausente sino dos no-
ches. Blas tiene tu fusil y, desde el balcón
donde él duerme, nos oirá llamarle; los pe-
rros son una guardia excelente... ¿qué po-
dría acontecernos?

Su voz no me pareció muy firme. Estuve
á punto de renunciar al viaje; pero mi mujer
adivinó mi pensamiento:

—Tú no estás en la edad de desatenderte
de los negocios. Conviene que en su mayor
edad, en su vejez, nuestro hijo encuentre las
fábricas en plena prosperidad. Podemos por
el teléfono comunicarnos á todas horas. Parte,
yo te lo repito; con Blas y con Nanette nada
temo.

Tuve vergüenza de mis aprehensiones,
abracé á Luisa, á Marcelo, y partí.

Pasé en el camino de hierro una noche de
insomnio. En Paris, me precipité fuera del
vagon y me lancé hacia la oficina telefónica.
Establecida la comunicacion oí, nasal y vela-
da, más dulce por esto mismo, la voz de mi
querida esposa.

—¡Alló! ¿se ha pasado bien la noche,
Luisita? ¿Has tenido acaso mucho miedo?

—Sí... un poco. Nanette, sobre todo.
No hemos dormido sino hasta el amanecer,
porque...; no vayas á alarmarte de ello!—
porque Nanette ha creído escuchar pasos en
el jardin.

—¿Y los perros?

—Los perros, que quedaron atados por
olvido, han ladrado largo tiempo. Hemos aca-
bado por abrir la ventana y llamar á Blas. El
tomó el fusil, desató á los perros é hizo la
ronda de la casa sin notar nada sospechoso.
Bebé, que no entiende de nada el pobrecito,
se despertó y me llamó. Hasta la vista: si
tienes un momento disponible antes de comer,
vuelve á hablarme.

Medio tranquilizado, me ocupé activa-
mente de mi negocio y no fuí dueño de vol-
ver al teléfono sino hasta despues de los ocho.
Me fué preciso llamar largo tiempo.

—¡Alló! ¡Alló! ¿Por qué tardas tanto, Luisita? ¿Qué te pasa?

—Una cosa que no esperábamos esta noche. Las persianas estaban ya cerradas, los perros desatados y Nanette había arreglado á Blas una cama en el vestíbulo, á fin de evitar los temores de la otra noche, cuando un pilluelo de la ciudad nos trajo una carta para prevenir á Blas de que su madre, repentinamente indispueta, le rogaba acudiese inmediatamente. Ese pilluelo desconocido partió en seguida sin habernos dado más detalles. Blas se desconcertó porque adora á su madre.

No quería dejarnos solas ántes de que amaneciese; pero su mirada desolada expresaba cuánto le costaba esa espera. Pensé que si esa mujer moría esta noche, yo privaría al pobre Blas de que la abrazara por última vez. Vení sus escrúpulos y le decidí á partir. Acabo de correr los cerrojos trás él y por eso te he hecho esperar. ¿Estás contento de tus gestiones?

—Sí, pero hablemos de tí. Tú no debiste dejar ausentarse á Blas. Ni aun en carruaje le sería posible volver ántes de las diez ó las once. Mi sola seguridad era saber que estaba cerca de ustedes, y ¡se ha ido! ¡Y ese pilluelo que se retira sin que pensarais en asegurarnos de que la noticia era verdadera! ¿Blas, por lo mismo, te habrá dejado los dos perros y el fusil?

—Los perros duermen en la escalinata. En cuanto al fusil ha debido Blas ponerlo en el vestíbulo. Yo me aseguraré de ello. ¿Oyes á Marcelo, que está en mi falda y que te grita: buenas noches? Escucha.

—Buenas noches, papacito.

—Buenas noches, queridísimo. Corro á cenar y vuelvo.

Por lo demás, me sentía atormentado con lo que mi mujer acababa de decirme. Había disimulado mi ansiedad por miedo de acrecentar los propios temores de Luisa; pero esta ansiedad, apagada apénas en la mañana, se avivaba cruelmente con esa carta inesperada, extraña, inverosímil, que alejaba al solo defensor, al solo hombre de la casa. Mi imaginación tomó un giro tan negro, que de vuelta en el hotel, no pude probar un bocado. Me levanté de la mesa para volver á la oficina telefónica; pero mi apoderado vino á darme nuevas indicaciones por otra parte muy necesarias para el éxito de mi negocio. No pude despedirlo muy pronto y era ya muy tarde cuando pude volver á la oficina telefónica. Mi corazón latía de impaciencia y mis manos trémulas hacían vacilar la trompetilla sobre mi oído. Permanecí algunos segundos sin oír nada.

—¡Alló! Luisita, ¡Alló! ¿Tú eres? Respóndeme. estoy inquieto.

Reconocí, en fin, su voz; pero una voz baja, oprimida, trémula de terror.

—¡Ah, amigo mío, desde hace una hora estamos locas! No he encontrado el fusil. No puede ser otra cosa, sino que el pilluelo se lo ha robado al irse. Blas no ha regresado. Se le habrá alejado expresamente. atraído con cualquier lazo. Pierdo la cabeza. ¡No puedo respirar, tanto es mi miedo! ¡Creo oír. . . . en el jardín. . . . muy lejos. . . . espera que oiga!

Inclinado sobre la placa no respiraba.

—¡Luisita, te suplico no me dejes en ese silencio. . . . ! ¿Qué es lo que tú oyes?

—Son los perros que gruñen. . . . y ladran. ladran furiosamente. corren hacia el bosquecillo. se callan, se callan de repente. reina una calma mortal. . . . sin embargo. sí, se diría que en la calle de árboles se oyen pasos sordos y furtivos. . . . se diría que avanzan gentes hacia la casa.

—¡Habla, Luisa, habla! ¡Me sofoco, me enloquezco? ¿Qué es lo que oyes ahora, dí, qué es lo que oyes?

—¡Nada más. . . . casi nada más. . . . ! Ah, sí! Un pequeño rozamiento disimulado y continuo como el de una palanca que se desliza prudentemente bajo una persiana para forzarla. . . . la persiana cede. . . . un vidrio se rompe. ¡Oh, tengo miedo!

Yo me puse á rugir en el aparato.

—¡Telefona á Marsella, que se prevenga á la policía, á los gendarmes!

—¿Cómo quieres? La ciudad está á tres leguas. . . . se llegaría demasiado tarde y además, yo no sé nada. . . . me vuelvo loca.

—¡Haz ruido, ocúltate y sálvate!

¡Sí, eso es, toma al pequeñuelo y sálvate!

—¡No puedo, no tengo fuerzas. . . . suben, los peldaños crujen. . . . ya están en el corredor. . . . andan á tientas. . . . Marcelo. . . .

¡Dios mío! ¡A mí. . . . ! ¡Venid. . . . ! ¡Socorro. . . . ! ¡Soc. . . . !

Fueron estas pequeñas exclamaciones de indecible espanto, despues de un ruido vago, confuso, una crepitación de sonidos indefinibles; despues. . . . nada.

Entónces sentí no sé qué cosa estallar en mi cerebro, y caí, trastornado, en un vacío infinito. . . .

Y, jadeante, como si reviviese este terrible recuerdo, Mr. Maroux terminó:

—Remito á usted á la GACETA JUDICIAL, para los detalles del crimen, conocido con el título sensacional de "El asesinato de Morande." Perdí á mi mujer, á mis hijo y á mis dos sirvientes. Pero lo que ninguna frase expresará jamás, es esa pesadilla inventada por la ciencia, esa espantosa tortura de un hombre que á cien leguas de distancia, oye los gritos desesperados de su mujer y de sus hijos, á quienes se degüella, sin poder hacer otra cosa que aullar de impaciencia delante de una tablilla de madera.

CHARLES FOLEY.

EL ENTRESUELO Y LA BOHARDILLA.

(APÓLOGO.)

Tuvieron, como es uso entre vecinos, ruda y formal contienda, un entresuelo rico y elegante y una bohardilla estrecha.

—¡Miserable! gritaba el entresuelo, ¿sabes por qué galleas? porque mi posición subir me impide á cortarte la lengua.

Quien descubrir intente lo que vales pregunte lo que cuestas, ó de tus amadores oiga el coro cuando de tí reniegan.

¡Infeliz! un abismo nos divide no de varas, de leguas; yo soy gentil, espléndido, lujoso; tú sucia, humilde y fea.

Calla, pues, y de aquel que te sostiene burlarte no pretendas, que torres que se fundan en el viento el viento se las lleva."

Sonó una carcajada en las alturas alegre y desenvuelta, y dijo la bohardilla hacia la calle sacando la cabeza:

—De imbéciles fué siempre darse tono; aprieta, chico, aprieta, que al fin naciste bajo, y de tan bajo los tiros no me llegan.

Tú tendrás cuanto dices, no lo dudo, ruido, anchura, opulencia; yo en cambio tengo luz, y la prefiero á todas tus grandezas.

Del alba en los magníficos celajes mi vista se embelesa, y el rayo de la luna me ilumina que el Hacedor te niega.

Y cuando en flores pródiga y perfumes viene la primavera, en rededor de mí batiendo el ala los pájaros gorjean."

¡Santa resignación! ¡Qué dulce harías del hombre la existencia, si amenudo no fuesen tus andrajos disfraz de tu soberbia!

Manuel del Palacio

MUJER CELOSA.

EL coche rrueda por la carretera al gran trote de soberbio tronco.

Una señora jóven se abandona, en el asiento de honor, al grato balanceo de la rápida carrera; viste fino traje de seda y colores claros, propio de un día de sol, y bajo la rica sombrilla de encajes parece hermosa ninfa de los campos cogida entre las mallas de una red; á su lado está el pequeño Carlos, cuyo lindo rostro aparece en dorado marco de cabellos rubios, ensortijados, ondulantes, y que tiene la vivacidad de un pajarillo de los bosques, moviéndose mucho, hablando tanto como se mueve, y dirigiendo sin cesar preguntas y sonrisas y besos á su madre.

—Dí, mamá, ¿es verdad que mañana iremos á Madrire? ¿Mañana, verdad?

La jóven respondió acariciándole:

—Sí, mañana.

Y se interrumpió en seguida, y añadió:

—No, no. . . . la verdad es que no lo sé. ¡Cuidado con decir nada á papá! Es una sorpresa la que estoy preparando. . . .

Y con otra caricia y otro fuerte beso en la tersa frente del niño, recomendó otra vez:

—¡Ni una palabra á papá!

Carlitos se puso muy serio y prometió obedecer. . . . y un segundo despues volvió á reír, á moverse y á charlar.

Quince días ántes, los señores de H*** llegaron á su encantadora "villa," situada cerca de Madrid, no lejos de una estación de camino de hierro.

Y Teresa, que así se llamaba la señora, los pasó distraída en inspeccionar el arreglo de los salones y del jardín, en visitas á las "villas" vecinas, en disponer labores de tapicería, en los quehaceres pequeños de una casa bien ordenada, muy distintos por cierto, de los que se abandonan á la doncella de la señora y al ayuda de cámara del señor; pero ántes de terminar los quince días invadióla profunda tristeza por estar separada de su marido de la mañana á la noche, al mismo tiempo que la atormentaban el espíritu ligeras sospechas é inquietudes.

—¿Qué hará todo el día en Madrid?—murmuraba.—Sin duda que las ocupaciones de su bufete son incesantes y penosas; pero ¡todo el día! . . . Y luego, en Madrid hay tan malos ejemplos y tantos medios de seducción. . . . ¡Y los hombres suelen ser frágiles!

Y aunque era amada por su marido, y ella le amaba con todo su corazón, la duda se había infiltrado en su ánimo sin que lo sospechara, y sentía la tortura, la angustia de los celos.

Por eso, para sorprender á su esposo cuando ménos la esperase, Teresa había resuelto ir una mañana á Madrid, con su hijo Carlos, y presentarse de improviso en el bufete de la calle de***.

Paró el carruaje delante de la estación, irguiendo los caballos sus orejas al escuchar el silbato del tren descendente de Madrid, que entónces pasaba por agujas, y el vivaracho Carlos, cuando ponía los pies en el estribo para apearse, batió con júbilo sus manos por haber reconocido á su papá, que le enviaba un beso con la mano derecha y le saludaba con la izquierda, asomando la cabeza por la ventanilla de un coche de primera clase.

En efecto: el esposo de Teresa fué el primero de los viajeros que bajaron del tren, con anhelante deseo de abrazar á su mujer y á su hijo.

Era hombre de edad madura, moreno, es-

belto, arrogante, en cuyo rostro se reflejaba la bondad, la franqueza, la alegría del alma.

Subió al carruaje, besó á Teresa, abrazó y besó también á Carlos, sentándole despues en sus rodillas; y aquel hermoso grupo, cual meteoro luminoso de la felicidad doméstica, fué conducido al gran trote por el soberbio tronco hasta la verja de ingreso á la encantadora "villa."

En el camino, Teresa preguntó á su marido:

—¿Cómo has pasado el día? ¿dónde has almorzado? ¿qué has hecho? ¿cuéntamelo todo!

Y él se lo contó al detalle, afectuoso, con amante sonrisa, no sospechando que en aquellas preguntas iba envuelta la preocupacion constante de una mujer celosa, y despues, cogiéndola de una mano y oprimiéndola con ternura, concluyó así:

—¿Qué hermoso es, Teresa mía, volver á mi casa despues de tantas horas de trabajo y de afanes! ¿qué largo me parece el día sin verte á mi lado, sin dar un beso en la frente de mi hijo!

Y ella, dulcemente conmovida, respondió:

—¿Muy largo, muy largo! ¡oh! ¡tienes razon!

Despues de la comida, los esposos bajaron al jardin: era una noche templada y serena; el céfiro movía las hojas de los árboles, la esencia de las flores llenaba el ambiente enrarecido.

Carlos, que jugaba en un macizo de hierbas odoríferas al lado de Teresa, cansóse bien pronto por la influencia del sueño, y acabó por encaramarse á las rodillas de su padre, el cual fumaba un habano y leía un periódico francés á la luz de la lámpara de un kiosko.

Y los dos, padre é hijo habláronse largo rato al oído, como si el niño fuese hombre capaz de hacer y recibir confidencias, terminando con alegres y sonoras risas.

Teresa, muy pensativa, acercóse á ellos, y abrazando con amorosa ternura á su hijo, ordenóle que se retirase á su cuarto para que no le dañara el relente de la noche, y esperase á que ella misma fuera á desnudarle y acostarle.

Y ántes de seguir al niño, aceptó el brazo que su marido la ofrecía, y los dos jóvenes esposos, como pareja enamorada, pasearon algun tiempo á través de los bosquecillos del jardin, diciéndose también palabras de ternura.

—¿Qué harás mañana?—preguntó de repente la suspicaz Teresa.

Y su marido, que no aguardaba semejante apóstrofe, respondióla con alguna vacilacion y casi balbuciente:

—¿Yo? pues.... Teresa mía, lo mismo que hoy.

Y á su vez, la preguntó:

—¿Y tú? ¿qué haras mañana?

Teresa entonces sonrióse dulcemente, y le contestó repitiendo sus propias palabras:

—¿Yo? pues.... lo mismo que hoy.

¿Había pasado por ellos el glacial pensamiento de una sospecha mútua?

A la mañana siguiente, el joven marido se levantó muy temprano, disponiéndose á marchar en el primer tren: aproximóse al lecho de su mujer, y besóla la frente con la suavidad del arrullo del céfiro.

Pero Teresa se despertó al punto, y con los ojos medio cerrados, todavía en la dulce languidez del sueño, le preguntó:

—¿Ya levantado? ¿tan pronto marchas hoy?

—Sí, querida mía: tengo cita á las diez para un asunto urgente.... y debo estar en mi bufete de Madrid una hora ántes. ¡Adios, Teresa! Hasta luego....

Y se dirigió á pie con paso rápido á la estacion.

¿Qué hermosa estaba la mañana! ¿Cuán grato placer sentía el joven con aquel paseo matinal, respirando el aire puro del campo,

escuchando el penetrante grito de la alondra y los cánticos de las rápidas golondrinas, viendo cuadrillas de segadores que tumbaban y ataban gruesos haces de doradas espigas!

No había en su semblante la más pequeña arruga que indicase una contrariedad ni un remordimiento, y sin embargo, á veces murmuraba con sarcástica sonrisa:

—Sí, sí.... ¡un negocio urgente! ¡Pobre mujercita mía! ¿qué negocio tan urgente!

Subió á un coche de primera, encendió un cigarro, acurrucóse en el asiento, y se dejó llevar rápidamente hacia la coronada villa.

¿Quizá tendría tiempo de reflexionar en una hora de viaje? ¿acaso renunciaría á misteriosos proyectos? ¿Quién sabe! Hay hombres que tienen tan poca fuerza de voluntad para resistir á las tentaciones....

Llegó á Madrid á las ocho, tomó un coche de plaza y se hizo conducir á una de las mejores fondas, á cuyo dueño encargó un suculento almuerzo de dos cubiertos, que debía llevar, ántes de las once, á su propia casa....

¿Dios mío! ¿á su propia casa? ¿al domicilio conyugal?

Y desde la fonda ordenó al cochero que le condujera á casa de una célebre florista, á quien pagó bien caro un magnífico ramo de flores, rogándola que también ántes de las once se lo llevase á su propia casa, al domicilio conyugal..

Y hecho esto, dirigióse á despachar "el asunto urgente," que sólo consistía en una visita al Ministerio de Gracia y Justicia, y encaminóse inmediatamente á su casa.

Eran las diez: él mismo dispuso la mesa en el gabinete de confianza, poniendo sencillamente dos cubiertos, uno al lado de otro, casi juntos, como destinados á personas que se adoran; y cuando llegó la florista con el soberbio ramo, colocó éste en rico jarron de Sevres delante del cubierto que ocupaba el sitio de preferencia.

Y hacía todos estos preparativos sin turbacion, sin apariencia de remordimiento, con la sonrisa en los labios, contemplando luego satisfecho su obra.

Y como aún eran las diez y media, dijo con alegre acento:

—Falta más de media hora.... Todavía tengo tiempo de bajar á la joyería cercana, comprar una sortija ó un brazalete y ponerle en la mesa, delante de las flores.

¿Si su mujer le viese en aquellos momentos, en aquellos afanes de enamorado!

Y le verá, sí, le verá; porque en tal momento se abre muy lentamente, sin hacer el más leve ruido la puerta de la casa, y ella, Teresa, llegada de la "villa" para sorprender á su marido en el "negocio urgente," entra en el vestíbulo....

¿Con qué violencia late su corazon al contemplar la mesa puesta, y en ella dos cubiertos, y delante de uno de ellos el magnífico ramo de flores!

¿Luego no la engañaban sus presentimientos? ¿luego era verdad que los celos la inspiraban lo que había de suceder?

Y al sentimiento de la angustia sucedió en su alma el deseo de la venganza.

—¿Dios mío!—exclamó Teresa.—¿Cuál será mi venganza?

Y tenía tentaciones de arrojar los manjares al suelo, de romper la vajilla, de pisotear aquel soberbio ramo de flores que la parecía horrible afrenta.... cuando oyó rechinar la llave de la puerta, y luego sintió pasos que se acercaban y sólo pudo huir y esconderse en la sala cercana, dejando entornada la puerta.

¿Desde ahí sorprenderá al infiel, y saldrá en tiempo oportuno para arrojarle al rostro su infamia!

Su marido entró en el comedor, siempre alegre y sonriente; limpióse el sudor que bañaba su frente y con la serenidad de quien no puede suponer que le espían, sacó del bolsillo de la levita un lindo estuche de terciopelo blanco; hizo saltar la tapa y contempló con júbilo un precioso brazalete de oro y brillan-

tes, poniéndole despues al lado del ramo de flores y diciendo en voz alta con satisfaccion marcada:

—¿Cómo gozará la hermosa mía cuando yo le presente mi regalo!

¿En aquel instante la celosa Teresa odiaba á su marido!

—Las once y media—dijo éste mirando al reloj.—¿Ya debía estar aquí! ¿si me habrá engañado mi hijo Carlos?

.....
—¿Carlos? ¿ha dicho Carlos? ¿ha dicho mi hijo Carlos?

Y estas dos palabras envían un rayo de luz á la mente ofuscada de la mujer celosa que espiaba: la mujer á quien su marido esperaba era ella misma; las flores, la joya, el cubierto que está de más en la mesa, son para ella misma; sí, para ella.

Y entónces lanza un estallido de risa nerviosa, y cuando él vuelve la cabeza para ver quién le había sorprendido, Teresa, la celosa Teresa, llorando y riendo á la vez, se arroja en los brazos de su marido, y balbucea entre risa y llanto:

—¿Oh! ¿qué miedo, qué miedo me has hecho pasar! Hace un momento ¿oyes? te odiaba, porque los celos son malos consejeros.... y ahora, como ántes, como siempre, te amo, esposo mío, y te amaré mientras lata mi corazon.

—¿Y no tienes ya celos?

—No, ninguno; ni los tendré jamás.... porque acabas de castigar con tu amor y tu lealtad á la mujer celosa.

FERNANDO DE P. ANDRADE.

POEMA CORTO.

I

Viviré, ni envidioso ni envidiado, en la quietud que el cielo me conceda, y nada habrá que importunarme pueda como lo que he sentido y he pensado.

¿A qué seguir con paso acóngojado de la fortuna la mudable rueda? Toda mi vida á mis espaldas queda y flota como un sueño, en lo pasado.

¿Por qué, teniendo al fin de la jornada la luz detrás, la lobreguez delante, no tornar á otros tiempos la mirada?

Vuelva hacia tí mi corazon amante, ¡oh aurora de mi vida, inmaculada, más luminosa cuanto más distante!

II

De mi niñez mi dócil compañera, abrasada en la fé de sus mayores, iba, llena de místicos temores, á recibir su comunión primera.

La luz de anticipada primavera, quebrándose en los vidrios de colores, con nimbo de irisados resplandores coronaba su rubia cabellera.

Cuando al pie del altar, con la creciente exaltacion de su cristiano celo, rindióse á Dios la vírgen inocente, me pareció que en sosegado vuelo, agolpándose en torno de su frente, la besaban los ángeles del cielo.

III

Los dos, un día, en solitario huerto, nos vimos con placer, fingiendo en vano, junto á un almendro que se alzaba ufano de vigorosa floracion cubierto.

Ya del invierno entumecido y yerto presentía la tierra el fin cercano, y de verde matiz vistiendo el llano esmaltaba la mies el surco incierto.

Cruzáronse al azar nuestras miradas, llenas de fuego, como en lid reñida centellando se cruzan dos espadas.

Y envolvió nuestras almas de tal modo aquel desbordamiento de la vida, que sin hablar, nos lo dijimos todo.

IV

Han pasado los años, y aún la veo. Aún dejando trás sí radiante huella, surca la obscuridad su imágen bella como fulguracion de mi deseo.

Cuando en la lucha del deber flaqueo y el brutal desengaño me atropella, fijo el cansado pensamiento en "ella" y como en tiempos venturosos, creo.

Hoy que ceñido el corazón de espinas, del sol poniente al resplandar escaso, me siento á meditar sobre mis ruinas, por vez postrera, apresurando el paso, ¡ay! llega con sus tintas matutinas á templar las tristezas de mi ocaso.

Gaspar Núñez de Arce.

LAS TIJERAS.

EL matrimonio, decía el Padre Olivier, terciando, sin asomos de intransigencia, en una discusión azas profana—el matrimonio... se parece á las tijeras.

—¿A las tijeras, Padre?...—exclamó uno de los presentes, manifestando extrañeza.—¿Sabe usted que es una comparación original?

—Más que original, adecuada—declaró el Padre, rehusando, con una seña, la segunda copa de "Kummel" de Riga.—Las tijeras, como ustedes saben, son un instrumento que consta de dos partes iguales ó parecidas, unidas por un eje y un clavito del mismo metal. Aunque cada parte de las tijeras sea fina y bien templada, si falta el eje... las tijeras no sirven. Unidas por ese clavito pueden hacer primores y cortar divinamente la tela de la vida.

—Entiendo—dijo otro de los que escuchaban al Padre, hombre expedito, algo marrullero y escamón.—Sólo falta que usted nos diga si cree que abundan las tijeras excelentes.

—Lo excelente no suele abundar nunca... ó al menos somos tan descontentadizos, que siempre nos parece poco,—respondió sonriendo aquel hombre evangélico y al par (hermosa conjunción) bien educado.—Aunque el intrínquilis del matrimonio consiste en el eje... también la calidad de las mitades importa mucho... Entren ustedes en una tienda y pidan tijeras. Les sacarán dos docenas, todas al parecer iguales, todas del mismo costo. Sólo llevándose las dos docenas á su casa y usándolas, podrían hacer verdadera elección: al uso se descubre la condición de la tijera. Las costureras están tan persuadidas de esto, que la tijera que les "sale buena," no la darían por una onza. Yo he encontrado tijeras de oro! ¿Qué tiene de particular? ¡El amor natural, acendrado por la ley divina!... Voy á referirles á ustedes un caso que presencié y que me conmovió... aunque no pasa de ser un drama vulgar y sus héroes gente llana y prosaica...

Hallándose en el convento de S., para restablecerme de unas calenturas que cogí en Tánger, y que se agarraban como lapas, tuve ocasión de conocer, entre otras muchas familias, á un matrimonio, tenderos de paños, franelas y colonias, establecidos en los soportales de la Plaza Antigua, no lejos de la Catedral. No se confesaban conmigo, sino con el cura de su parroquia, pero gustaban de consultarme amistosamente. Ella se llamaba Doña Consuelo y el esposo Don Andrés. Acomodados y bien avenidos, podrían ser dichosos si no tuviesen un hijo de la misma piel de Barrabás, que les daba un disgusto cada mañana y un sonrojo cada tarde. Pendenciero, estragado y derrochador, ni las lágrimas de su madre, ni las reprimendas de su padre, ni las exhortaciones que, á ruego de ámbos, le dirigí varias veces, consiguieron que renunciase á una sola de sus malas mañas; y, en vista de que parecía incorregible el mozo, mi consejo fué que le enviasen á una tierra donde la necesidad y la falta de arrimo le obligasen á mirar por sí.

Cuadró bien la idea al padre, y la misma madre vió que era el único recurso, y habiendo preferido el desterrado el viaje de Ocea-

a al de Africa y América, á Manila se le espachó, con muy apremiantes cartas de recomendación para el rector de un colegio de nuestra Orden.

A los seis meses empecé á recibir gratas noticias de la conducta de mi recomendado: alababan su laboriosidad y su despejo: iba emendándose. Los viejos, al saberlo no cabían en su pellejo de gozo. Era el rector el que me transmitía tan buenas nuevas, pues el muchacho no acostumbraba escribir.

Así pasó algún tiempo, hasta que un día la carta del rector, en vez de felicidades, trajo una terrible novedad: el hijo de Don Andrés había sido muerto á cuchilladas, en riña, al salir de una gallera. Yo quedaba encargado de ponerlo en conocimiento de los padres.

Triste era la comisión; pero de tristeza andamos rodeados siempre; y juzgando que el padre tendría más fortaleza en el primer momento que la madre, llamé á mi celda á Don Andrés y trasteándole lo mejor que supe, le hice beber el trago. No estuvo rehacio en comprender: más bien parece que adivinaba. Apenas indiqué "heridas," tradujo "muerte." No lloró, pero la expresión de su cara era como la del reo cuando, al abrirse la puerta de la prisión, se encuentra al pie de la escalera del patíbulo,—y me sirvo de esta comparación, porque he auxiliado á algunos infelices en tan amargo trance....

Así que Don Andrés pudo respirar, cruzó las manos. "Padre, tengo que pedir á usted un gran favor. Entre los dos, vamos á que no sepa Consuelo lo sucedido. Mi mujer era, hace pocos años, rolliza y muy fuerte; el tósigo del hijo la ha matado, pronto cumplirá los sesenta, y padece una enfermedad grave, una especie de consunción. Si sabe la desgracia, se "va detrás" en seguida. Si logramos ocultarle que han matado al niño... (le llamaban así, aunque pasaba de los veintisiete) puede que dure algo más. Yo corro con todos los gastos que allá se hayan ocasionado...., entierro, justicia. Perdono de corazón á los asesinos... pero que Consuelo no se entere."

¿Hice bien ó mal en acceder? No lo sé; el alma me pedía complacer á aquel desventurado. Cada quince ó veinte días iba á la tienda con cartas forjadas, que suponía haber recibido de Manila, en que se hablaba del ausente y se alababan sus progresos en el trabajo, su formalidad y su virtud.

Doña Consuelo, en quien el mal avanzaba á ojos vistos, y que ya tenía una tos incessante y una fatiga cruel se llenaba con la lectura; la celebraba con extremos pueriles, y exigía que Don Andrés compartiera su regocijo.—"¿Ves, Andrés, cuántos favores nos hace San Antonio?"—exclamaba con los ojos vidriados de un llanto que yo atribuía al exceso de contento.—"¿Ves qué fortuna? Ya es bueno el niño; ya se porta honradamente. Así que pase allí algunos años... volverá aquí y le pondremos al frente de nuestro negocio. Padre Olivier, voy á darle un poco de dinero para que allá se lo entreguen; bien sabemos lo que es la juventud... y yo no quiero que le falte nada al hijo mío." Y su marido, ahogándose, poniéndosele la cara de color de violeta, contestaba: "Bueno, mujer; traele al Padre aquellos treinta duros... pero para eso no es menester afectarse; ¿qué tonta!"

Aquello era una cosa de compadecer; los duros que me entregaba la madre para que los disfrutase el hijo, me ordenaba el padre secretamente invertirlos en sufragios por su alma.

Yo no me apartaba de mi papel ni un punto; pues veía á Doña Consuelo empeorar; cada día hubiese sido más peligrosa la puñalada de la noticia. Don Andrés, ó temeroso de una indiscreción mía, ó por deseo de no apartarse de la enferma, siempre estaba presente cuando yo iba á acompañarles un rato. Les encontraba juntos como pájaros posados en la misma rama, y que se aprietan para no sentir tanto el frío; ella, tosiendo y afirmando que "no era nada;" él, amoratado, semiasfijado,

asmático, pero sacando fuerza de flaqueza para bromear con su mujer y hasta para echarle flores, lo cual, en otras circunstancias, me parecería cómico y risible, y en aquellas me enternecía.

Y adelante con la farsa de las cartas, que producían tal efecto en la pobre madre, que hasta creí notar que me hacía señas cuando su marido no nos miraba; señas de aprobación, de súplica, de agradecimiento. Yo las interpretaba así: "Aunque el muchacho haga una tontería siga usted diciendo á Andrés que se conduce como un ángel." Esto no pasaba de suposición mía, pues repito que jamás encontré sola á Doña Consuelo.

Una tarde me llamaron á deshora. Don Andrés venía á decirme que su mujer se moriría ó poco menos y tenía el capricho de confesarse conmigo precisamente; y que era indispensable inventar una carta con nuevas de que llegaba el "niño"... "A ver si así la sacamos adelante por unos días," añadió, tan tembloroso, que no supe rehusarle este último favor. Apenas entré en el cuarto de Doña Consuelo, ésta miró á su marido, y Don Andrés salió, no sin hacerme un expresivo gesto, advirtiéndome é implorando.

Me acerqué al lecho de la enferma, que movía los labios apresuradamente, como si rezase; me senté á su cabecera y le dirigí esas frases afectuosas que son encharaditas de bálsamo y que ya por costumbre decimos á los moribundos; pero fué grande mi sorpresa al ver que volviendo hácia mí su rostro, en que brillaba el agradecimiento, y cogiéndome la mano para besarla, me dijo:

—Padre Olivier, ¡que Dios le pague tanto, tanto tiempo como hace que está engañando á mi marido! ¡Prométame que no lo desengañará despues de que me muera!

—¿Qué es eso? ¿Engañar?...—Pregunté, creyendo que desvariaba con la debilidad y la calentura.

—Si no fuera por usted,—prosiguió sin atenderme,—Andrés estaría también agonizando, porque sabría lo "del niño"... ¡Que no lo sepa nunca!

—¿Lo del chico?—exclamé recordando mi compromiso con Don Andrés.—¡Si el chico está perfectamente, y va á llegar, y le abrazará usted pronto!

—Sí que le abrazaré... en el otro mundo... conmigo no se moleste, Padre, que lo supe al momento y hasta me lo daba el corazón. ¿Usted cree que no tenía allá persona encargada de escribirme cuanto le pasase á mi hijo? Las cartas venían á nombre de una amiga, y así Andrés no podía enterarse si le sucedía algo malo... Y como yo le había escrito al Padre rector pidiéndole que sólo le dijese á mi marido las cosas buenas y alegres... cuando usted venía con las cartas fingidas, de que el niño vivía y trabajaba... le ayudaba á usted á engañar al pobre Andrés... que no está nada bueno y que no le convienen las desazones... Me ha costado trabajo disimular, Padre... porque en tantos años de matrimonio no le he llamado otra cosa.

Aquí cortó su narración el Padre Olivier, y mirando al rededor, vió nuestras caras animadas por la simpatía más vehemente.

—De manera que los dos sabían y mutuamente se lo ocultaban! ¡Qué drama interior!—exclamó el que primero había hablado.

—De esas tijeras, Padre,—dijo el escéptico—bien puede usted afirmar que eran de oro puro, con incrustaciones de brillantes.

—Puedo afirmar que las he visto abiertas en figura de cruz—contestó el Padre intencionalmente.

LA MUJER QUERIDA.

En tus hermosos ojos tan expresivos (que resucitan muertos y entierran vivos) hay abismos sin fondo, mucha negrura, mucha melancolía, mucha hermosura, ¡ojos traidores! maridaje de nieblas y resplandores

Tu hermoso pelo negro, largo y sedoso, debe ser, hija mía, muy caprichoso; porque besa tu espalda, baja hasta suelo, y al cubrir ese cuerpo que es todo un cielo, se enroscas, ondeas, se columpia, se mece, se balancea.

Tu boca, cuyos labios parecen fresas y deben sea más dulces que las "frambuesas," es un nido de besos de querubines, guardador de granizos chiquirritines, ramo de flores, granadita entreabierta, cuna de amores.

Tu cuerpo es un conjunto de perfecciones, almacén peligroso de tentaciones y además de lo dicho, que es poca cosa, describiendo tus galas, mujer hermosa, me acerco... y digo:

—¡Dios conserve lo bueno! ¡Yo te bendigo!

Alfonso Tovar.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL P. FR. JOSE DE JESUS NAJAR EN LA VELADA LITERARIA CELEBRADA EN HONOR DE S. FELIPE DE JESUS.

"Ilustrísimo señor:

Respetable y digna Asamblea:

Grande es la hora con que se favorece al último de los religiosos menores, comisionándolo para representar en esta velada cívico-religiosa á la familia franciscana, residente en esta capital y esparcida por toda la nación mexicana, al celebrar en esta vez el tercer centenario de nuestro dignísimo hermano y patron, San Felipe de Jesus.

Gloria, honor y bendición á los que así hacen renacer y fortificar la fé de sus venerandos padres en sus católicos corazones, colocando su patria y sus familias bajo la especial protección y auxilio de su proto-mártir paisano, San Felipe de Jesus. Su heroico y glorioso sacrificio va á unirse á nuestras expiaciones en el magnífico templo que le habéis dedicado, y su sangre preciosa, con su poderosa intercesión, será para vosotros una lluvia de oro, un manantial de gracias y de perdón.

Paréceme, señores, que Dios, en su alta providencia, ha designado á la humilde familia franciscana para ser la felicidad y salvación de México, no sólo por el establecimiento y propagación del catolicismo, sino también por la protección especial con que de los hijos de San Francisco se ha servido el Altísimo para su engrandecimiento y gloria; persuádenos esta verdad: el terciario franciscano Cristóbal Colon, que descubrió nuestro hermoso Continente; el Ilmo. Sr. Zumárraga, primer Obispo de México é hijo del Serafín de Asís, que en su tiempo recibió el don del cielo; nuestra Virgen Santísima, María de Guadalupe, que se presentaba á favorecernos, manifiéstalo así la importante y preciosa velada de esta noche, que con una esperanza consoladora de protección dedicamos á nuestro franciscano proto-mártir San Felipe de Jesus, obligándolo con esto á que su ardiente caridad crezca y se encienda más en favor nuestro. ¿Y qué más? ¿no es un hijo Terciario de nuestro Serafín Patriarca el que ha promovido de una manera especial la decoración del suntuoso santuario de nuestra amorosa madre y reina Santísima de Guadalupe, así como su famosa y admirable coronación, que han venido á ser unas maravillas y glorias de nuestra nación? ¿no es también obra de su celo y de su amor por la gloria de Dios, honra de nuestro esclarecido Santo y salvación de nosotros el magnífico templo de expiación? Es, pues, la familia franciscana, en mi humilde modo de ver, la designada por Dios para el engrandecimiento y salvación de México. Ahora, pues, nuestro gran pensamiento, nuestras miradas y afectos de nuestro corazón deben dirigirse al trono en que, radian-

te de gloria, se ostenta nuestro ínclito proto-mártir San Felipe de Jesus.

Héroes mexicanos que habéis sacrificado vuestra vida en defensa, honra y gloria de vuestra patria terrena, y que recibís los honores de gratitud de vuestros hermanos en columnas, en monumentos de preciosos recuerdos, aquí tenéis el trono del Héroe más glorioso de vuestra Patria, que lleva en su templo de eterna y grata remembranza el pabellón más hermoso delante de vosotros para alcanzar del Sér Supremo sus divinas Misericordias en favor vuestro. Y vosotros, señores, que celebráis su grandeza y su gloria, seréis justamente recompensados y favorecidos por nuestro Santo compatriota, á proporción de vuestros sacrificios y fidelidad en honrarlo, y si la caridad de los Santos en la tierra ha llegado á desear el ser excluidos del libro de la vida y ser constituidos anatema por la felicidad y salvación de sus hermanos, como los Santos Moisés y Pablo, ¿qué no harán en el cielo ante el trono de Dios, donde su caridad es perfecta y su intercesión más poderosa en favor de los suyos y especialmente de los que los invocan? ¿Y si San Felipe de Jesus tuvo su cuna en vuestra Patria, en donde recibió su educación y una abundancia de gracias, ¿cómo no rogará por vosotros? El es, pues, la gloria de México, alegría y esperanza de su nación y la honra de sus hermanos, que se sienten engrandecidos con la gloria sublime que disfruta, esperando de su gran bondad y misericordia alcance del Altísimo días bonancibles y mejores para su Patria y sus hermanos franciscanos que, tristemente esparcidos y fuera de su casa, esperan su protección y valimiento. San Felipe de Jesus, conserva y bendice á los que nos gloriamos de pertenecer á tu nación, para que, reconocidos y llenos de gratitud, algún día, coronados de gloria, nos asociemos á la bienaventuranza que disfrutas en la verdadera Patria.

Dije.

México, Febrero 18 de 1897.

EL MISMO SONIDO.

CONTRASTE.

Si muere un niño inocente cuando tocan las campanas, van las ondas muy lejanas anunciándolo á la gente. Y del metal el sonido no anuncia fúnebre llanto; parece, al contrario, un canto en vez de triste quejido.

Si muere un sexagenario, es un dolorido acento el que va en alas del viento al salir del campanario. Claro es que la misma suerte les tocó á los dos mortales, y esos ecos son señales que anuncian siempre la muerte: mas del fúnebre concierto la distinción es notoria, muere un niño... toca á gloria, muere un viejo... toca á muerto.

José García Plaza.

LACTANCIA ARTIFICIAL.

El doctor Fernández Ballesteros publica todo un plan de lactancia artificial para los niños.

Recomienda como las mejores las leches de cabra, burra y yegua.

El niño recién nacido que se va á someter á la lactancia artificial, no debe tomar en los dos primeros días más que agua con un poco de azúcar, ó suero preparado sin ácido y endulzado con una cantidad de miel; esto basta para hacer expeler el meconio sin necesidad de recurrir á la vulgar cuanto perjudicial costumbre de darle los "aceites," que fatigan é irritan su estómago débil y delicado,

Desde el tercer día en adelante se le dará leche azucarada, mezclada con dos partes de agua filtrada por café tostado.

A los cinco meses se sustituye el agua de café por el caldo de carnes, mezclado á partes iguales con la leche.

A los siete meses debe unirse á la leche y al caldo una yema de huevo; y si esta alimentación fuera insuficiente, puede dársele dos veces al día una crema hecha con harina de arroz.

En los tres primeros meses debe presentársele el biberón al niño de dos en dos horas, excepto cuando duerme, pues como mamá muy poco de cada vez, necesita alimentarse con más frecuencia.

La costumbre de dar á los niños alimentos de toda especie es la fuente principal de donde mana el escrofulismo, la raquitis y miles de enfermedades de funestos resultados.

EL ESPIRITU DE LOCALIDAD.

—Sí, le dijo un brasileño á un potigués, te aseguro que en todo os aventajamos, y esto explica nuestro orgullo.

¿Teneis poetas vosotros? Vive Dios que no lo dudo; pero más hay en mi tierra, que también son más fecundos.

¿Artistas teneis? ¡Qué importa! En el Brasil hay un grupo de artísticas eminencias capaz de asustar al mundo.

De filósofos no hablemos, pues creo que no los hubo nunca iguales á los nuestros en lo grande y lo profundos.

Y en cuanto á bellas mujeres, tiene mi país tal fruto, que bien puedo asegurarte que no le iguala ninguno.

—¿Y no hay locos en tu tierra? dijo el lusitano chusco; porque, lo que es en la mía, no faltan, yo te lo juro.

—¡Locos! grito el brasileño, pues si en tu país hay muchos, sabe que son los del mío más locos que los del tuyo.

LA AMATISTA.

Todo el mundo conoce ese lindo cristal violado que constituye el ornamento de la única joya que llevan nuestros obispos, ó sea el anillo que los fieles besan respetuosamente; pero lo que no todos saben es que hay dos clases de amatistas; la que llamaremos ordinaria, cuyo color es violeta claro y la amatista de Siberia que por lo general tiene el matiz oscurísimo.

Esta última escasea más que la primera y en su consecuencia tiene también más valor.

Por su aspecto general, á ménos de ser inteligentísimo en la materia, las dos piedras pueden confundirse fácilmente; desde el punto de vista científico del análisis químico resultan idénticas.

La amatista ordinaria no es más que cristal de roca, de cuarzo purísimo, el cual al formarse, tomó el color de un poco de óxido de colbato, que se expareció por toda la masa, dándole una coloración violada uniforme. La amatista de Siberia es igualmente de cuarzo muy puro; pero su coloración proviene de una mancha, de un punto de óxido de colbato, que se alojó en la masa y que las facetas del cristal difunden en todos sentidos hasta el punto que la piedra parece uniformemente coloreada.

Para diferenciar las dos clases de amatistas, recurriremos al vaso de agua.

Si se mete la amatista dentro del agua, la piedra ordinaria ostenta el color violeta en toda la masa y la amatista de Siberia se vuelve incolora y sólo presenta un punto violado que á la luz solar matiza la piedra de un modo mpleto.

QUEJAS DE ELVIRA.

RIMA.

“Yo te amo,” me dijiste cierto día
y loca de alegría,
entonces contesté: “rico tesoro,
yo como á Dios te adoro;”
y fuimos ¿no es verdad? asáz felices,
Ahora si me dices
“yo te amo” . . . A fé de Elvira,
no te diré: ¡mentira!
pero puedo jurar que aquella brasa
hoy es ceniza de calor escasa.

Tú me amas, sí, tú me amas todavía
por pura cortesía,
ó mejor dicho, tú . . . siempre me quieres.
¡Desdichadas mujeres!
Esperar y esperar con santa calma;
y cuando entregan su alma
al sér que les depara el amor ciego,
en vez de eterno fuego,
donde arda el corazón . . . hallar la hoguera
trocada en ceniza! . . . ¡qué suerte fiera! . . .

Antonio Biaggi.

Diciembre de 1896.

SONETO.

Imágen delicada y vaporosa
Sin sexo, sin naci6n, cosmopolita;
Que en todas partes de la tierra habita
Y en todas partes se la mira hermosa;
A la moda acompaña silenciosa
Y junto al hombre sin cesar palpita,
Esperando que el “gusto” le trasmita
Un rayo de su lumbre poderosa.
Ella da distincion á los modales,
Ella imprime en el paso la arrogancia,
Ella brilla en las fiestas mundanales,
Ella sabe embriagar con su fragancia,
Ella puede ofrecer goces sociales:
Esa reina del mundo es la elegancia.

G. de C.

COPLAS PICARESCAS

Empezó un sabio á querer
y dejó un tonto de amar,
y empezó el tonto á aprender
y empezó el sabio á olvidar.
Esos labios me han jurado
que la muerte me darán,
si con un beso se mata,
¿por qué tardas en matar?
Yo sé una historia muy triste
de un orgullo que venció,
de un corazón que agoniza
y de otro que ya murió.

Narciso Díaz de Escobar.

AL DESPERTAR.

ORACION DE LOS NIÑOS.

La noche ha pasado,
la noche sombría.
¡Qué bello es el día!
¡Qué hermosa la luz!
Suspiran las fuentes
y campos floridos:
despiertan los niños,
el cielo es azul.

Perfumes, susurros,
gorgeos, colores
de arroyos y flores
y de aves al par,
rompieron los aires
á Dios se levantan,
y dicen ó cantan
su inmensa bondad.

Al himno del mundo,
si el labio supiera
unir yo quisiera
mi canto infantil.
Mas ya, con voz muda
también correspondo;

del alma en el fondo
lo siento bullir.

Señor, á tu gloria
veráme hacer salva
del rayo del alba
la luz virginal.
Por él conducida,
permite clemente
que mi alma inocente
no caiga jamás.

Ventura Ruiz de Aguilera

LO QUE DESEAN LAS LAGRIMAS.

(POR CATULLE MENDEZ.)

—Cae, cae, gota de agua cristalina—dijo
el espíritu que escucha y cumple los deseos
de las cosas.—¿Qué deseas ser, gota de agua
que caes de la roca?

—Perla—contestó la gota, y se convirtió
en blanquísima perla.

—Brilla, brilla, blanquísima perla. ¿En
qué deseas convertirte, perla clara?—pregun-
tó el espíritu á la perla que blanquea sobre el
cuello de una jóven bella.

—En lágrima.

Y la perla se convirtió en gota de llanto.

—Cae, lágrima temblorosa, cae. ¿Qué
quieres ser?—preguntó el espíritu á la gota
de llanto que se derprendió de las pestañas,
para detenerse en los labios.

—¡Nada!; no quiero ser nada—contestó
la lágrima.

Y la gota de llanto se desvaneció.

Y no fué nada.

¿Y qué otra cosa mejor hubiera podido
ser, despues de haber sido la deliciosa expres-
sion del dolor?

Los hombros traigo cargados
de graves culpas, mi Dios;
dadme esas lágrimas Vos
y tomad esos pecados.

Yo soy quien ha de llorar,
por ser acto de flaqueza;
que no hay en naturaleza
más flaqueza que el pecar.

Y pues andamos trocados,
que yo peco y llora Dios,
dadme esas lágrimas Vos,
y tomad estos pecados.

Vos sois quien cargar se puede
estas mis culpas mortales,
que la menor de estas tales
á cualquiera peso excede.

Y pues que son tan pesados
aquestos yerros, mi Dios,
dadme esas lágrimas Vos,
y tomad estos pecados.

SOLO ASI.

En la tranquila noche callada,
entre los rayos de la alborada,
en los matices del arrebol,
en las tinieblas, en los fulgores,
entre las olas, sobre las flores,
en cuanto baña la luz del Sol:

Tu sombra busco, tu imágen sigo,
en todas partes vives conmigo,
mujer ó estrella, sombra ó ficcion:
y como vivo para adorarte
fuera preciso para olvidarte
que me arrancaran el corazón.

No tiene fin el dolor.
ni límites el deseo;
que cuanto más vivo y creo
mi desventura es mayor.

¡Dichoso el que en lontananza
ve despuntar, cuando llora,
la breve y fúlgida aurora
que nace con la esperanza!

¡Desdichado si anhelante
pone su fé en la hermosura
de esa luz que apenas dura,
como la aurora, un instante!

Nuestra dicha, ¿dónde está?
¡Quién pide amor y no quiere

el placer que pasa y muere,
sólo en Dios la encontrará!

PENSAMIENTOS DE MUJERES CELEBRES.

La sabiduría de una actriz no consiste más
que en el arte de cerrar bien las puertas.—So-
fía Arnould.

Los poetas han hecho una tontería dando
al Amor una antorcha, un arco y un carcaj;
el poder de este dios no reside más que en el
pañuelo que le cubre los ojos.—Ninon de
Lenclos.

Para ser dichoso, tomar el tiempo como
venga, á las gentes como son y estar bien con-
sigo mismo.—Madame du Deffand.

En el corazón humano hay dos medidas;
una para el dolor y otra para el placer que se
vacían y se llenan alternativamente.—Mada-
me de Maintenon.

La conversacion debe ser como los juegos,
en los que echa la carta cada cual á su
turno.

Madame Stael.

Para rendir corazones
tienes, graciosa Mercedes,
ojos que despiden llamas,
labios que destilan mieles.

FIRMEZA.

I

¡Qué obscura la noche!
¡Qué triste mi alma!
Ya la niña de blondos cabellos
Cerró la ventana.
¡Adios!, me decía
Con su mano blanca:
A otro mundo, risueña, gozosa,
Partirá mañana.
¡Adios! miétras léjos
Estés de la patria,
¿Quién será de mis cantos humildes
La musa adorada?

II

¡Qué obscura la noche!
¡Qué triste mi alma!
Ya la niña de blondos cabellos
Abrió la ventana.
¡Adios! no me dice
Con su mano blanca:
De otro mundo los gratos recuerdos
Burlaron mis ansias.
Si hay pechos que olvidan,
Los hay que no cambian:
¡Tú serás de mis cantos humildes
La musa adorada!

Ciriaco Sos Gastreau.

CANTARES.

Conmigo tu amor ha sido
de un cigarro imágen viva:
lo encendiste, lo fumaste,
y tiraste la colilla.

Quise á un perro un solo día,
y el pobre murió de gozo:
á tí te adoro hace un año,
y tú te mueres . . . por otro.

Quando se llega á querer
á una mujer con el alma,
se la quiere, ó se la odia;
mas no se puede olvidarla.

Comer, sin pan, no es comer;
el día, sin sol, no es día;
gozar, sin amor, no es goce;
vivir, sin verte, no es vida.

¿QUE ES DOLOR?

¿Preguntas qué es dolor? Un viejo amigo
inspirador de mis profundas quejas,
que se halla ausente cuando estás conmigo
que está conmigo cuando tú te alejas.

J. Rivas Groot